

Perspectivas románticas en clave contemporánea

Graciela Batticuore

El siglo XIX ha sido partícipe de una nueva sensibilidad que impregnó todos los pliegues de la cultura moderna: la dimensión estética, política, filosófica, a través de las cuales se abrieron nuevas reflexiones, coordinadas y puntos de vista sobre la vida misma. El romanticismo dio lugar a la aparición del poeta como «genio» y profeta, defendió no sólo la idea de «originalidad» de la obra sino la noción de «propiedad» literaria (que desarrollaría el siglo XX). Coincidió con la emergencia de un público amplio, diversificado y pendiente de los folletines que puso en boga la prensa de la época, abrió paso a una variedad de personajes y tipos locales bien reconocibles, que se hicieron inolvidables desde el momento en que aparecieron delineados en textos que se convertirían en clásicos: el *Childe Harold* de Byron, el *Werther* de Goethe; pero también el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento, la *María* de Jorge Isaac o la *Amalia* de José Mármol, la *Cecilia Valdez* de Cirilo Villaverde o incluso –sin nombre propio en el título de la obra– la muy famosa «cautiva» de Esteban Echeverría, que supo inspirar y renovar la mirada de un pintor europeo de la talla de Maurice Rugendas.

Todos esos personajes que palpitan en las obras mencionadas encarnaron el prototipo de los héroes y las heroínas románticas más exitosos de nuestra historia local. Y puede decirse que, tal como se lo propusieron aquéllos y otros autores, con sus obras el romanticismo latinoamericano fue capaz de bosquejar un mapa literario contundente que –desde entonces y hasta hoy– ha permitido a la crítica pensar y repensar la inserción de un cúmulo de clásicos «nacionales» en el mapa más vasto de la literatura mundial. Y, a la vez, situar su relevancia en la red de diálogos entre

Europa y América Latina: revisando legados, descubriendo «apropiaciones», «influencias», «adaptaciones» o, planteado en términos más actuales, trazando «interconexiones» entre unas y otras literaturas (Noé Jitrik, Ricardo Piglia, Doris Sommers, Sylvia Molloy, Beatriz Sarlo, Susana Zanetti, Julio Ramos son emergentes de esa crítica, por mencionar tan sólo algunos clásicos).

De hecho, vislumbrar esos vínculos o redes intertextuales e indagar en ellas ha resultado y sigue resultando productivo aún cuando Walter Scott o Giuseppe Mazzini (en quienes dice haberse inspirado por ejemplo Cirilo Villaverde, para escribir *Cecilia Valdez*) o Francois René Chateaubriand y Bernardine Sainte Pierre, con cuya novelística ha sido comparada una y otra vez la *María* de Isaac, pertenecen a «tradiciones desiguales», como bien apunta María Teresa Gramuglio en un ensayo que actualmente está en prensa y que ha circulado bastante entre los alumnos de postgrado de la Universidad Nacional de Rosario o la de Buenos Aires («El buen salvaje no existe», en *Zama*, ILH, Universidad de Buenos Aires). Resulta oportuno, entonces, seguir explorando, por ejemplo, el largo «viaje» que hicieron los libros y a veces también los autores, en busca de la *consagración* de la obra y del «escritor americano» (para decirlo en términos sarmientinos), respectivamente. Como resulta oportuno, también, seguir explorando las relaciones entre *ficción y política, estética y política*. O revisar los procesos de *materialización* de los clásicos románticos en las diversas épocas y en función de los diversos públicos que los han reeditado o lo siguen haciendo: en un proceso donde la escritura, las reescrituras, las traducciones y las diferentes versiones de una obra están sujetas a condiciones tan divergentes como pueden ser la censura y la autocensura (por lo general en el momento de aparición de la obra) o las instancias de comercialización moderna y el mercado. Los trabajos que escucharemos exploran algunas de estas cuestiones y revisan interrogantes sobre el lugar de los grandes autores y los grandes libros románticos en un mapa de intercambios nacionales y transnacionales ©